



Roma 2012

MENSAJE DE CLAUSURA DEL PROGRAMA
Hno. Paolo Barolo, s.g.

Roma, 29 – 09 – 2012

Estimados Hermanos,

La palabra “Hermano” se ha escuchado muchas veces en este encuentro que hoy llega a su término. Un encuentro que, según me dijeron varios participantes, se había vuelto siempre más interesante y lleno de contenido a medida que pasaban los días y se sucedían los conferenciantes. No podía ser de otro modo, desde el momento que todo ha sido pensado, creado, preparado y seguido con mucha atención, preocupación y cariño. El programa había sido planificado hasta en los más pequeños detalles, para que todo encajara perfectamente.

Por todo ello, al clausurar este programa intercongregacional, de mis labios sale espontáneamente lo que siento en mi corazón: “gracias, Hermanos”.

Antes que nada, gracias al Espíritu que lo ha inspirado. Si quisiéramos volver al origen de la iniciativa que dio lugar al encuentro, nos sorprenderíamos ver cómo, a veces, el Espíritu sopla donde quiere y como quiere. Todo comenzó con las dificultades presentadas por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, en hacer suyo y publicar un documento que los Superiores Generales de las Congregaciones de Hermanos habíamos presentado. Se había insistido en la publicación de ese documento como un gesto de reconocimiento, por parte de la Iglesia oficial, de la importancia de la vida y de la entrega del Religioso – Hermano. Una realidad eclesial desconocida o, por lo menos, no valorada por muchos pastores de la Iglesia y, por ende, por el pueblo cristiano. Ha sido esta resistencia que nos ha unido a los Superiores y que nos ha dado la oportunidad de pensar juntos y, con ello, surgió la idea de este encuentro intercongregacional.

Si bien la idea surgió de una preocupación común de las Instituciones de Hermanos, sin embargo es sólo gracias a las numerosas personas que se han entusiasmado por el proyecto, si éste ha podido ser llevado adelante y celebrarse.

Al momento de agradecer a las personas, resulta difícil hacer nombres sin el riesgo de dejarse algunos en el tintero: a todos van nuestro sincero reconocimiento.

- A los que han seguido día a día la animación y la organización de las diversas actividades.
- A los que han preparado y dictado las reflexiones y conducido el diálogo.
- A todas las personas que hicieron posible estos días de convivencia: traductores, personal de la Casa de Ferias, hermanos de la Comunidad de la Salle

Tantos los hermanos como los laicos que se han encontrado involucrados, han manifestado ese ideal de servicio innato en nuestra vida y no han escatimado esfuerzos.

En el discurso de bienvenida, el Hno. Juan Andrés Martos, Superior General de los Hermanos de la Sagrada Familia, había expresado un deseo y había dicho: “De igual forma que hoy comenzamos un encuentro con miembros de Instituciones de Hermanos, quisiera que el siguiente fuera entre Instituciones hermanas”. Indudablemente en este encuentro se ha dado un primer paso hacia esa hermandad intercongregacional y ahora necesitamos continuar el camino.

En efecto, todos conocemos el episodio evangélico de la transfiguración (Cfr. Mt 17) y sabemos cómo haya sido un momento importante en el camino de la comunidad de los Apóstoles: “Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y los llevó a un monte alto, y se transfiguró ante ellos, de modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol y sus vestidos blancos como la luz”. Esta visión produjo en los Apóstoles una felicidad incontenible; Pedro la expresa con estas palabras: Señor, ¡qué bien estamos aquí!; si quieres haré aquí tres tiendas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elía“. También sabemos cómo sigue el relato evangélico: “... mientras bajaban de la montaña”. La vida sigue su curso, pero esta experiencia muy fuerte que les dio la fuerza de seguir y superar los momentos de la pasión y de la muerte del Maestro y les otorgó, también, la firmeza en el anuncio de la resurrección.

A ustedes, Hermanos

- que han participado a este encuentro intercongregacional:
- que a lo largo de todo un mes han profundizado el tema de nuestra común identidad y misión como Hermanos en la Iglesia y en el mundo,
- que han vivido una experiencia intercongregacional de formación,
- que han reflexionado y orado juntos en un momento tan importante de nuestra historia,

ahora les espera la tarea de bajar al llano, de llevar la semilla a los demás hermanos y de hablarles de la gran familia de los religiosos – hermanos. Para ello, la última semana han estado trabajando en la elaboración de materiales que pudieran facilitarles la tarea. El encuentro no ha terminado, sino que recién empieza porque, como se dice, el resultado de una reunión no se ve en su celebración, sino en los efectos que ella produce. Nos lo enseña el mismo Jesús cuando dice: «*Yo he venido para traer fuego al mundo, y ¡cómo me gustaría que ya estuviera ardiendo!*» (Lc 12, 49). Ese fuego que el encuentro ha suscitado en sus corazones, ahora ha de hacerse hoguera para los demás hermanos.

Conocemos, también, lo que sucede cuando tiramos una piedra en un estanque de agua: las pequeñas olas se propagan, alcanzando toda la superficie del estanque; este es el deseo de todos los que estamos aquí: que el espíritu de hermandad de este encuentro se extienda a nuestras congregaciones de hermanos para que, entre todos, formemos una gran familia en la Iglesia. En efecto, la palabra “hermano” nos lleva directamente al concepto de “familia”: no sólo de cada una de nuestras familias religiosas, sino, de una forma más extendida, de la familia de todos los que nos honoramos con el nombre de religiosos – hermanos.

- Una familia cuyos miembros viven una misma consagración religiosa y un mismo ideal de hermandad, aún con matices diferentes dados por el carisma propio, y están llamados por Cristo a manifestar a todos que la fraternidad es factible y que la convivencia no es imposible, siempre que los una el amor a Dios y a los hermanos y que el ideal sea el de “*ser hermanos en Cristo*”. Una familia donde se puedan vivir relaciones interpersonales verdaderas, libres, de calidad, auténticas y que reflejen el rostro del “Dios con nosotros”.
- Una familia cuyo aporte específico a toda la comunidad eclesial consiste en ese espíritu de unidad que Jesús pedía al Padre para los apóstoles y para los discípulos: “*Padre, no ruego sólo para ellos, sino para todos aquellos que, por sus palabras creerán en mí, para que todos sean uno, como Tú y Yo somos uno*” (Jn 17, 21). Un espíritu de unidad que, de una forma concreta, manifieste a los hombres de este mundo que el amor de Jesús es capaz de crear lazos tan intensos que pueden vencer las fuerzas disgregadoras del individualismo y del egoísmo. En física se habla de fuerzas centrípetas y fuerzas centrífugas. El amor de Jesús es esa fuerza que nos atrae a todos y nos une como el sol atrae a los planetas y los mantiene en el sistema solar, al mismo tiempo que les deja la libertad de seguir sus órbitas en el espacio. Estas trayectorias son, para cada Institución, el carisma y la espiritualidad marcadas por su propio Fundador.

- Necesitamos considerarnos y formar una familia de instituciones hermanas que, como una fuerza indivisa, esté al servicio de toda la comunidad eclesial, participe activamente a su vida y a su misión, desarrolle en ella las tareas y los servicios según la riqueza y la diversidad de dones de los que cada Institución ha sido favorecida por el Espíritu. El apóstol San Pablo nos lo dice muy gráficamente: “*Y el mismo Jesús constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo*” (Ef. 4, 11). Así, aunque unas Instituciones se ocupen de la enseñanza, otras de la salud, otras del servicio de la caridad y en las más diversas prestaciones... sin embargo, todas ellas testimonian la presencia de Jesús en el mundo y en la vida de los hombres. La *Lumen Gentium* nos lo dice con el símil del árbol: “... Esta es la causa de que, como en árbol que se ramifica espléndido y pujante en el campo del Señor partiendo de una semilla puesta por Dios, se hayan desarrollado formas diversas de vida solitaria o comunitaria y variedad de familias que acrecientan los recursos ya para provecho de los propios miembros, ya para bien de todo el Cuerpo de Cristo. Y es que esas familias ofrecen a sus miembros las ventajas de una mayor estabilidad en el género de vida, una doctrina experimentada para conseguir la perfección, una comunión fraterna en el servicio de Cristo y una libertad robustecida por la obediencia, de tal manera que puedan cumplir con seguridad y guardar fielmente su profesión y avancen con espíritu alegre por la senda de la caridad” (LG 43).

¿Quién de entre los religiosos – hermanos no se reconoce en estos rasgos? ¿Llegará ese día en el cual todas las congregaciones de hermanos nos encontremos en esa familia? Como he dicho antes, el programa de este curso intercongregacional “***Identidad y Misión del Religioso – Hermano en la Iglesia y en el Mundo de Hoy***” representa un momento de reflexión común y, más aún, constituye el comienzo de un camino hacia el mutuo conocimiento y la estima recíproca.

Por último, dos agradecimientos especiales:

- En primer lugar, la visita de Mons. Tobin, Secretario de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, que el día 20 de este mes ha presidido la Eucaristía, ha manifestado su interés hacia las Instituciones de Hermanos y su apreciación a este encuentro.
- En segundo lugar, al Claretianum que, por su Rector, *P. Santiago M^a González Silva, cmf* ha aceptado reconocer este mismo curso, dándole una validez académica que nos honra a todos. Gracias a P. Santiago y, también, al Superior General de los Claretianos, P. José Abella, quien quiso presidir nuestra Eucaristía de clausura.

María, madre de la Familia de Jesús, que al aceptar a llevarlo en su vientre dio su plena adhesión al plan de salvación de Dios, non una a todos bajo su regazo y que con su ejemplo de oración, de entrega familiar y de servicio silencioso sea el ícono para todos nosotros que nos gloriamos con el título de religioso – hermano.